

DE CUANDO SUBI AL NARANJO DE BULNES

POR IRENE GOMEZ URRUELA

A principios del año pasado, recuerdo que me dijeron: «Para las próximas vacaciones, podíamos ir pensando en hacer alguna excursión por los Picos de Europa.»

Confieso que, hasta entonces, sólo tenía una idea general acerca de estos famosos Picos. Sabía, sí, aunque de una manera algo confusa, que estaban entre Asturias y Santander, también rayando con León. En cuanto a la forma... si yo pudiera describir con exactitud lo que veía mi imaginación, sería algo de risa. Mi cabeza me los presentaba como monstruosas colinetas de cascajo, llenas de bultos y agujeros por todas partes. Algunas veces, tomaban la forma de una interminable sucesión de jibas, todas igualitas, puestas en fila en medio de un gran silencio... En fin; yo no sé de dónde saqué todo aquello, pues era lo menos parecido a lo que luego vi.

Mediaba julio, cuando comenzamos a precisar los detalles de nuestra excursión; entonces comenzó a sonar el nombre de un pico que escalaríamos, famoso en todo el ámbito de la Peña: el Naranjo de Bulnes.

Aunque siempre me ha gustado el montañismo, nunca me había dado por escalar. Una vez asistí a un cursillo de escalada; aun cuando fui más bien espectadora, pude darme cuenta de la atracción enorme, que en algunos temperamentos debe de ejercer este deporte. No en mí, pues yo entiendo el montañismo en un aspecto más tranquilo. Me lo pasé bien incluso aprendí a amarrarme a una cuerda.

Pero tanto, tanto, me hablaron del Naranjo de Bulnes; me lo pintaron con tan brillantes colores, que yo también, ¡cómo no!, deseé ardientemente escalarlo.

¡Cómo recuerdo aquella mañana de agosto en que lo vi por primera vez! Nunca la olvidaré. Me pareció, de pronto, que me habían transportado a otro mundo. Nunca había visto unas montañas tan grandes.

Nuestra entrada en Picos fue hecha por Puente Poncebos. Desde antes de llegar, ya todo estaba gustándome mucho. El río Cares, de aguas azules con transparencias de piedras preciosas; Camarmeña, el arriscado pueblecito y la simpática cordialidad de sus aldeanos; la subida a Bulnes por el engarabitado camino de las Salidas... Pero ahora sólo quiero hablar del Naranjo.

Acabábamos de dejar la majada de Camborero, cuando surgió ante mis ojos en una vuelta del camino. Me pareció un castillo encantado, inundado de luz re-

PYRENAICA

cortándose sobre el puro azul del cielo. Era una mañana de sol achicharrante. Poco a poco, nos fuimos acercando a su base. El camino que al principio me pareció corto, se hacía interminable; sucedíanse peñeras y más peñeras que había que subir.

Pero como todo tiene su término, ¡por fin!, pasado el canalón del Jou Lluengo, desembocamos en la Vega de Urriello, al pie mismo del coloso. Allí está enclavado uno de los varios refugios que se han levantado en este macizo.

Todo el resto del día, me lo pasé contemplando aquella pared N. O. Vista desde aquí, no me pareció tan esbelta. Sus seiscientos y pico de metros verticales, lisos, sin una hendidura o canal, parecían amenazar de venirse encima mía. ¡Tan abrumador era aquello! Cuando se ocultó el sol, aquella pared sombría, triste, manchada por múltiples e inexplicables lamparones negruzcos, churrientosos, me impresionó. Pensando en lo que tenía que hacer al otro día, confieso que me infundió bastante respeto y deseaba de veras verme ya de vuelta.

Desde lo primero, tuve ya mucha confianza en mis compañeros. Nos acompañaban, además, dos famosos guías del Naranjo: los hermanos Alfonso y Juan Tomás Martínez. Aún no había salido el sol, cuando ya empezamos a movernos dentro del refugio. Las nieblas, como puñaditos de guaté, se acumulaban por debajo nuestro, en la dirección de la Peña de Main, pero por encima, ya las cumbres más altas empezaban a chamuscarse con los primeros rayos del sol.

Mis compañeros, arrollaron cuidadosamente las cuerdas; repartieron lazos y mosquetones, y con una asturianada, cantada por uno de los guías, ese canto solemne y triste, rebotando de risco en risco, ¡en marcha!, abocamos la canal de la antigua Celada de rebecos.

Subimos casi corriendo por aquel estrecho pasillo, aún sombrío. A cada lado se alzaban altísimos paredones. Para cuando llegamos al comienzo de la escalada, yo ya me había librado de aquellos temores, que se debatían, morderisqueándome en lo más íntimo, cuando vi por primera vez al «Picu» el día anterior. Ahora, en cambio, con la acción, ya estaba deseando que llegara el momento de engancharme a aquellas paredes, recortadas y rugosas como epidermis de elefante.

Nos amarramos a la cuerda, y un guía en cabeza, yo por detrás y otros dos de mis compañeros siguiéndome, comenzamos las primeras reunidas. El resto de mis amigos con otro guía, formando cordada, nos precedían.

Rápidamente ganábamos altura. Llambrias, chimeneas, terrazas donde nos parábamos y donde mis compañeros me explicaban los nombres de las montañas que nos cercaban, se sucedían.

Aquello me estaba pareciendo bastante fácil, cuando en esto, llegamos al pie de un extraplomo que, gráficamente, denominan la Panza del Burro. Vi a nuestro guía aferrarse a minúsculos asideros; arquear el cuerpo, tomar impulso y desaparecer por encima de la roca. Cuando oí su voz invitándome a seguirle quise hacer lo mismo, ¡ilusión engañosa!, los asideros parecían que habían desaparecido, y en su lugar, sólo encontré una roca lisa. Entonces, opté por lo más sencillo: hacerme remolcar. Comenzó a funcionar el ascensor...; mis compañeros me gritaron que apoyase los pies en la roca y separase mi cuerpo de ella...; yo, instintivamente, hice todo lo contrario... y de pronto mis pies que resbalan, mi cabeza que se da un coscorrón contra la pared, y yo que me quedo colgando de una cuerda a una altura bastante respetable por encima del Jou tras el «Picu».

PYRENAICA

No sentí miedo. ¡La cuerda me daba tal sensación de seguridad! Era la primera vez que sentía aquella emoción. Rápidamente, subí lo que me faltaba, y pronto mis otros compañeros se nos unieron.

Luego... no puedo precisar algunas cosas. Sé que cruzamos un paso horizontal a mucha altura. Recuerdo, que al comenzar la pasada, me pregunté qué habría al otro lado de aquella llambría cuyo borde se recortaba sobre el cielo. Sentía una emoción hasta entonces desconocida. Cuando nos juntábamos en alguna repisa, sonrientes, nos preguntábamos «¿qué tal?», deseosos de que de la felicidad de uno, participasen también todos los demás. Más adelante, ascendimos una chimenea; luego, algunas llambrías más cruzadas de múltiples canalillos esculpados por la lluvia, y reuniéndonos y separándonos alternativamente ¡arriba, siempre arriba!, pronto divisamos la cumbre.

Serían aproximadamente las once de la mañana cuando llegamos a ella. El sol, nos enviaba sus rayos a dorados borbotones de luz; la temperatura era deliciosa; ¡qué maravilla poder estar allí, sobre el pináculo, sumida en la contemplación de aquel majestuoso paisaje hermosísimo, desplegado ante mis sentidos! Porque allí estaba la belleza, para quien supiera verla, oirla y sentirla... Estaba contentísima de haber llegado hasta allí, y recuerdo que pensé, pensé mucho... o quizá no pensé nada. Se me pasó muy pronto el tiempo, pues una voz anunció que nos marchábamos.

Nuevamente en fila por aquellas paredes, ahora ¡abajo, siempre abajo! Hicimos unos cuantos rapeles; ¿cuántos?, no lo sé ni importa. Cada vez se divisaba más cerca la base. Las yemas de mis dedos, ya estaban a punto de sangrar por el contacto con aquella piedra áspera como esmeril, y la trasera de mi pantalón presentaba un pequeño rotito, señal de involuntarios roces.

Comenzaba a sentir hambre, cuando, por fin, nos desencordamos y deslizándonos unas veces entre grava, otras veces por el nevero, enfilamos Canal de la Ceñada abajo, hacia el refugio.

Después de esto, otras cosas hermosas vi en Picos. Me recreé con nuevas perspectivas, desde las cimas de Torre Cerredo, Tiro del Oso, Torre Coello, y Tiro Tirso; vi correr a los graciosos rebecos en plenitud de libertad y nuevamente contemplé las espumajeadas aguas del río Cares, encajonadas en estrecha garganta. ¿Volveré a ver estas cosas otra vez?; no lo sé. Puede ser que algún día, hasta desaparezcan de mi memoria. Pero de lo que ciertamente estoy segura que no me olvidaré nunca, nunca, será de la escalada que un día hice al Naranjo de Bulnes.